

Diversiones y Juegos Típicos de Chilenos

A medida que se avanza sobre las líneas de la bibliografía de León Echaiz, publicada por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, se va dibujando una real biobibliografía de este estudioso, que abarca desde la tesis de grado (1934) hasta "Diversiones y Juegos Típicos Chilenos", reaparecida en este año en una segunda tirada de la Editora Nacional.

Se ve en ella una clara predilección del autor, René León Echaiz, por los estudios históricos y biográficos encuadrados en los marcos que exige la monografía. Tal es su vigorosa "Historia de Curicó" con las setecientas páginas de sus dos volúmenes para reseñar la época colonial y la republicana de la capital y algo más de esa rica provincia, publicada cuando su autor cumplía los 38 años de edad. Así son también su ensayo acerca de la evolución de los partidos políticos y su interpretación del huaso chileno, en diversas ediciones.

A nuestro parecer, son éstas la mejor cosecha del escritor y del historiador aparte de sus biografías, ensayos y artículos, su novela "Mientras corre el río", su "Romancero de la Zona Central"; su notable discurso de incorporación a la Academia de la Historia acerca del paso de Freire por el Planchón, y su estudio sobre el pensamiento de Alessandri.

En casi todas estas obras se acusa un porfiado amor a su tierra, un intento de elevarla hasta el engarce donde brillan los más grandes sucesos nacionales, confiándole un destino, un nombre más trascendente. En otras palabras, buscándole el rescate desde el regazo sonriente que le da su rica agricultura para colocarla en un centro histórico y ardiente junto a la epopeya del pasado nacional.

Pero historiador por sobre todo, León Echaiz no pretende en este libro sentar bases y bosquejos para un intento de antropología social. Porque prefiere aquí el relato, la descripción de las costumbres para arribar a cuadros y descripciones que brotan del simple recuento de usos y modos de la tradición, buscando la línea de la popular colección "Nosotros los chilenos" de la Editora Nacional: instrucción y entretenimiento en breve solaz.

Los conquistadores trajeron sus diversiones que sólo traducían el gusto de hombres, hijos de usos peninsulares, como los juegos de naipes que comenzaron a practicarse en las manoseadas barajas que se portaban entre las árguenas de la cabalgadura.

Los primeros contactos que hicieron compenetrarse a conquistadores y conquistados en el común uso de las diversiones vinieron a formalizarse con la llegada de García Hurtado de Mendoza. Este joven gobernador de 21 años de edad introdujo el juego de las "cañas y sortijas", de origen ibérico, pero de ancestro agareno, que requería gran destreza, fuerza y agilidad.

Estos juegos, como es de suponerlo, quedaron confinados a la vida de los cuarteles. Se hacían acompañados de música militar que también llegó a Chile con Hurtado de Mendoza. Con él y sus hombres se oyeron los primeros recitados del viejo romancero y el uso de los instrumentos musicales, principalmente la guitarra.

Se mezcló lo ibérico con lo indígena. Los españoles aprendieron la "chueca" con entusiasmo y agrado, dice León Echaiz. Tal vez porque tenía en su destreza algo del viejo juego de bolas español. En tanto en las casas, en los cuarteles, garitos, en las

esquinas, en las plazas, se jugaba desembozadamente al "treinta por la fuerza", la brisca rematada, la malilla, el tenderete, la báliga, el revesino, el monte, con los naipes españoles y el popular juego de dados o de las "tabas", todos, o casi todos, entretenimientos de ancestro español, entre apuestas, la bebida generosa y las riñas.

Se sumaban a éstas las diversiones ecuestres, las carreras de caballos en canchas que se hicieron famosas, junto con el deporte de la pelota vasca que entró en el favor de las gentes hacia fines del período colonial y se jugaba en la famosa cancha del Basural, en el lugar que actualmente ocupa el Mercado Central.

En las clases altas las diversiones tuvieron un carácter eminentemente social con importantísima participación de las mujeres, generalmente ajenas a la práctica de las anteriores. Las "visitas" constituyeron un verdadero ceremonial femenino. Se llegaba en calea, se abría la puerta de la "cuadra"; se servían mistelas, huevos chimbos, papillas, mientras se conversaba de pequeños asuntos familiares, locales. Cuando venía el invierno los días de celebración de los "santos" traían las tertulias.

Entre las clases populares se bailaba la sirilla, el fandango y el zapateo, todos de origen ibérico, ya connacionalizados, al son de la guitarra, el guitarrón, el arpa, el rabel, la flauta, la viola, el violín y el contrabajo. De todos estos ritmos va naciendo el más popular de los bailes, la "zamacueca". Surgen los payadores tomando como base el viejo romancero. Logran un colorido especial las festividades religiosas, las del Apóstol Santiago, las Carnestolendas, la Quema de Judas, la fiesta de Cuasimodo. Nacen las festividades agrícolas; los paseos en los Tajamares, en La Pirámide, la Alameda Nueva, para conversar y saludarse.

La República sigue con estas mismas costumbres y las que desaparecían entre las clases altas las recogía el pueblo. Freire termina por abolir las corridas de toros, en 1823, tan populares en la Colonia; subsisten las riñas de gallos que tenían su centro en un sitio en lo que es ahora la Plaza Andrés Bello. La chingana revive en la periferia de las ciudades, siempre revestida de cierta clandestinidad, hasta morir definitivamente junto con los bodegones y las pulperías. En el siglo XIX se sustituye el naipe español por el llamado inglés y se comienza a jugar póquer. En el año 1867 se crea la Sociedad Hípica Chilena y se funda el Club Hípico de Santiago, marcando el comienzo del fin de las carreras a la chilena dentro del área de la ciudad. El rodeo se transforma en una festividad estilizada hasta llegar al rodeo-fiesta de nuestros días con la elegancia de sus envolturas, atajadas, entradas de patas y parar, la troya, el ocho, el remolino y el volapié, entre las proezas ecuestres.

¿Y qué va quedando de la tradición en nuestros días? ¿Qué se hace frente al olvido? Para bien o para mal será siempre bueno recordar las antiguas usanzas, tan genuinas, originales, ingenuas, tan hermosas, en una palabra, de las cuales León Echaiz en su ensayo tan ameno como breve deja un sabor de nostalgia y una riqueza de perspectivas y sorprendentes asociaciones hasta el fondo mismo del pasado.

Por Héctor Fuenzalida.

694095